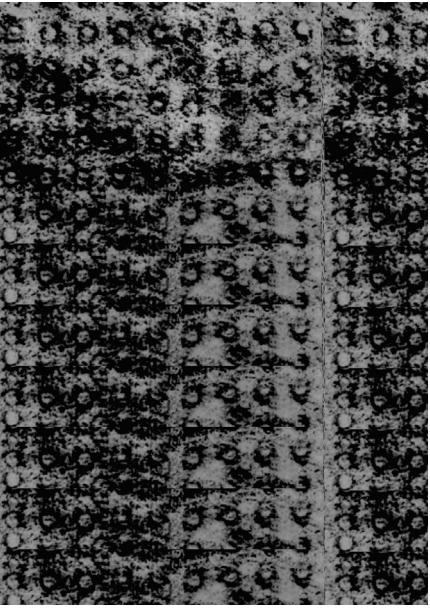

Título: *De la serie geodermis* (fragmento), de Nancy Viridiana Valdéz Ramírez

El alfiler

Juan Hedó
Artista y creador español

Era de acero y tenía una bolita roja en uno de sus dos vértices. El color plateado de su cilíndrica y finísima hoja brillaba igual que una estrella lejana, o igual que el parpadeo de una farola cercana. Su diminuta presencia difuminaba, allí, la majestuosa realidad parisina, sugerente y siempre vibrante: Grisácea por su perpetua luz… Estaba inmóvil en el salón de la casa, sobre una alfombra de terciopelo pardo, al lado de una consola. Se había caído desde el neceser cuando uno de los dos buscaba unas pinzas de mano: Había sido ella porque, él, estaba en la oficina.

Él no era de acero ni de color plateado: Era italiano —de Alessandría— y se llamaba Umberto. Pero había crecido entre un patio con alminar, donde numerosas palmeras idílicas descolgaban su sombra entre un olor de aires perfumados, sobre una tierra exótica que se extiende en un valle cerca de la capital de Amán.

Umberto trabajaba, porque su padre lo había hecho anteriormente, de gerente para una empresa italiana de piezas aerodinámicas con sede en París. A los treinta y pico años había heredado, de ese padre, un piso hermoso en aquella ciudad con río, el Sena. El apartamento era exterior, con mucha luz y con vistas a una de las avenidas más anchas y populosas que tenía la ciudad: El Boulevard Saint Michel. Una de esas avenidas fabulosas de donde cuelgan fachadas románticas de un solo muro, adornadas con balcones de piedra y ventanucos de variadas formas desde donde resaltan gamas de colores, rojas o amarillas, como el brillo de una candela… Y el espacio interior, era, ¡ay!, a gusto del lector, lo que

Interpretextos
26/Otoño de 2021, pp. 51-53

él quiera imaginarse: Paredes papel color celeste, muebles rococó, biombos con decorado, alfombras suaves, corbatas de seda…

¡Ah, sí!, vivía en París y en esa ciudad, en esa avenida, debajo de esa casa conoció a Kerstin. (Se enamoraron). Ella era la mujer adecuada. La invitó. Una tarde la invitó a subir y allí se instaló. Era una institutriz de origen finlandés. Cuidaba y educaba, portales más abajo, a los hijos de un diplomático noruego. Kerstin era pelirroja, alta y delgada, agradable al trato siempre sonriente tenía, entre los vecinos de aquel inmueble, un carisma especial.

No se percataron de aquel alfiler y al día siguiente, Umberto, descalzo y en pijama, cuando fue a descolgar el teléfono para contestar a una llamada, pisó con el pie y un "¡ay!" agudo —como un gemido— salió de su garganta sorprendida. A la pata coja, abrazándose el pie con las dos manos fue hacia el sillón. Sentado, dirigió el dedo índice y el dedo gordo de su mano derecha hacia el lugar del pinchazo y cuidadosamente, cerrando los ojos, se lo sacó.

Un fino hilo de sangre rodó desde la suela del pie hasta el parqué. Alcanzó a coger un pañuelo blanco de la mesilla próxima al sillón y taponó la herida. Miraba así, ensimismado, la luz que entraba de la calle. Se le nublaba algo el espacio y el entorno… Por fin reaccionó. Se levantó. Fue hacia el cuarto de baño, se lavó con alcohol, se colocó un algodón en la herida y se acomodó el calcetín. Cuando regresó al salón recogió el alfiler del suelo —con los dedos, el índice y el medio— y lo puso sobre la consola, a vista de pájaro. Luego se calzó y bajó, cojeando un poco, a la calle.

(Ella no sabía lo que acababa de pasarle a Umberto porque eso había ocurrido a media mañana. Se turnaban así que cuando él salía, ella regresaba):

Kerstin entró por la puerta. Venía canturreando una canción. Brillaban sus ojos y bailaba un poco su delgado cuerpo (de institutriz a fulgurante amante): Estaba contenta. Fue a descolgar el teléfono para hacer una llamada, apoyó el codo en la consola —donde Humberto antes hubiera dejado el alfiler—, y este se cayó a la alfombra. Iría descalza porque al contacto con la planta desnuda cogió forma vertical y se incrustó su punta sobre el piececito blanco. Lo mismo: Sintió un pinchazo fino, dijo un "¡ay!" sorprendido y a la pata coja, abrazándose el pie de alabastro con las dos manos llegó

hasta el sillón. Dirigió entonces los dedos índice y gordo de su mano hasta el lugar de la herida y cerrando los ojos, se lo sacó. A la pata coja fue hasta el cuarto de baño, se frotó con alcohol, se colocó un algodón en la herida, se acomodó un calcetín y regresó al salón. Cogió el alfiler del suelo y lo abandonó sobre la consola.

(Mientras se adormilaba en el sillón, esperó a que Umberto llegara).

Cuando entró por la puerta ella permanecía apelotonada. Ensimismada, observaba flotar las nubes cercanas junto al claro ventanal que asomaba:

— "¿Qué te pasa?" –le preguntó Umberto dulcemente—.

—"Me he pinchado en la planta del pie con un alfiler" —respondió mimosa—.

— "¡No puede ser! —admitió él— me ha sucedido lo mismo esta mañana, antes de que llegases tú..."

Le enseñó el alfiler: ¡Era el mismo para los dos! Se sorprendieron y se echaron a reír. Ella se colgó con su brazo del cuello de Umberto y llegaron, abrazándose entre danzas, al dormitorio de al lado.

Aquella misma noche el alfiler no estaba. No se acordaban, más bien, dónde lo habían dejado. (Tendrían cuidado la próxima vez). Pero fue ese instante de asombro y sorpresa lo que salvó, una semana más, todo su amor: Aquel instante en el que los dos sintieron —casi a la vez— la idéntica sensación. Aquello que ahora sentían, de nuevo, al estar juntos.

Recepción: Enero 10 de 2020
Aprobación: Abril 26 de 2020

Juan Hedo

Correo electrónico: juanhedo@hotmail.com

Poeta y cantante español, egresado de la Universidad Filología Hispánica en Madrid. Actualmente radica en Ciudad de México. Es cantante profesional y escritor de canciones y poesías, ha publicado varios discos y libros en prosa y verso. Para mayor información, consultar el sitio web: www.juanhedo.es

Título: ***nnnn***
Artista: Nancy Viridiana Valdéz Ramírez